

## Literatura hispanoamericana del siglo XX en el contexto de la Amazonia

Leonor Nora Fabian Branez (UFRR)

La literatura hispanoamericana se ha convertido, en testimonio de la realidad del nuevo mundo y, por cierto, de las gentes que pueblan sus diversas latitudes. Es así que en el siglo XX, tal como sabemos, abordó múltiples y variadas temáticas, identificadas con el pensamiento, manifestaciones sociales, políticas y culturales, relacionadas a las diversas áreas del conocimiento, en la medida en que estos nuevos “saberes” fueron suscitándose. Actualmente es la Ecología, una de las ciencias contemporáneas, interdisciplinar por excelencia de gran relevancia no sólo para el mundo científico, sino para todo ser humano como ciudadano, puesto que:

Trata del vínculo ser humano — naturaleza — medio ambiente, dada la importancia de su preservación... consecuencias para la vida en nuestro planeta es una de las preocupaciones... convirtiéndose esta en un asunto cada vez más discutido, como ciencia interdisciplinar (DAJOZ, 2003, p. 46).

Frente a este asunto hacemos una reminiscencia, en la que vemos que la literatura ya se expresó, no utilizando tal vez la terminología científica de Ecología; no obstante nos hacemos la siguiente interrogante: ¿Qué es lo que han dicho o dicen los escritores hispanoamericanos sobre esa relación hombre-naturaleza-medio ambiente?

En el presente estudio nos remitimos a las narrativas de tres escritores cuyas obras se desenvuelven en el contexto de la Selva Amazónica del Perú; abordamos las novelas: *La serpiente de oro* (1935) de Ciro Alegría, *Los ríos profundos* (1956) de José María Arguedas y *El hablador* (1987) de Mario Vargas Llosa.

El objetivo de este estudio, es historiar estas obras y leerlas como enunciaciones sobre la Amazonia peruana, no como representaciones o imágenes “verdaderas” o “falsas” de la región. La temática de estos textos son distintas sin

embargo relacionadas de uno u otro modo al hombre — espacio geográfico, naturaleza; diferentes respuestas o reacciones de sujetos urbanos modernos y a la experiencia vivida, tanto en la ciudad como en la selva; tal como veremos en los personajes de Oswaldo Martínez de Calderón en la *Serpiente de oro*, Marcos en *Los ríos profundos* y Saúl Surata (Mascarita) en *El hablador*. Es en este contexto que destacamos la narrativa regionalista, telúrica, tal es el caso de *La serpiente de oro*; llamada también “literatura de la tierra” que, en los diferentes países de América, expresó la singular relación hombre — naturaleza. Si se tuviera que vincular, algunos rasgos generales de la narrativa que abordamos con la ciencia contemporánea de la Ecología diríamos que casi todos los relatos de las narrativas en referencia expresan el pensamiento, la relación inherente a la lucha que libra el hombre por su sobrevivencia, en una naturaleza que admira, ama y teme, dualidad que se repite constantemente; se dice exuberante, pródiga, por otro lado hostil y a veces indómita. Vemos en algún pasaje que cada vez que el hombre no respeta la naturaleza buscando vencerla o destruirla al final quién se destruye, es el propio hombre. En este sentido, en las obras supracitadas, tanto lo descriptivo, como lo subjetivo predominan; manifestaciones de conocimientos ancestrales de una cultura milenaria de “los incas” transmitidos oralmente, de generación en generación y que aún muchas comunidades conservan; así como conocimientos empíricos sobre la naturaleza que los rodea, conocimientos de cosmología, cuidado del agua, uso y aprovechamiento de las tierras de cultivo, uso de plantas medicinales, en suma veneración por la tierra la “Mama Pacha que todo lo da” (GARCILAZO DE LA VEGA, 1982, p. 35). Así también apreciamos en estas novelas las manifestaciones de la identidad de esos pueblos, su cultura aunque ya mestiza (sudamericano-español), recuerdos de estampas costumbristas, folklore, música expresada en la lengua “quechua” y como una variedad lingüística una lengua popular, regional (*quechua*-español), no omitiendo así precisas pinceladas de los paisajes, todo esto lo apreciamos en *Los ríos profundos*.

En el texto de *La serpiente de oro*, Alegría exalta la figura de los cholos (mestizo español-indio), narrando su lucha contra las fuerzas del río Marañón que rige la existencia de los pobladores del Valle de la selva llamado Calemar, destaca la figura de Matías Romero y su familia, jefe de los balseros del Río Marañón, afluente del Amazonas, a cuya casa llega un día un ingeniero de Lima: “¿Donde diablos quedará esa Lima tan mentada?” (ALEGRIA BAZÁN, 1992, p. 17). El ingeniero Oswaldo Martínez de Calderón, llega de la capital, Lima dispuesto a utilizar su técnica en la explotación de las riquezas de la zona. Inicia su recorrido por la región conociéndola, admirando sus grandes potenciales económicos, desde la montaña más alta, a la cual sube para espectar el panorama del valle de Calemar queda deslumbrado al ver el paisaje, el cause del río que dibuja la figura de una serpiente y de lo cual queda maravillado cuando es de su conocimiento que allí, existía yacimientos de pepitas de oro, que eran recogidos por los lugareños par trocar por productos en la ciudad más cercana. Durante su viaje y estancia en la montaña idealiza y planea hacerse rico; decide retornar a Lima para buscar los medios necesarios para estos fines, pero lejos está de imaginar que estos sueños no se harán realidad...

en la paz de Calemar ve sus sueños realizados, será rico, muy rico, en el momento que se siente más feliz, siente un dolor en la pierna, en medio de su euforia no había percibido la presencia de la “Intihuaraka”; la víbora dorada como el río, lo había mordido (ALEGRIA BAZÁN, 1992, p. 28).

Se describen los días de Calemar; sus balseros orgullosos y audaces aceptan como una fatalidad, “hemos nacido aquí y sentimos en nuestras venas lo violento y magnífico impulso de la tierra”. Hay descripciones de fiestas, riesgos, encuentros, con la “autoridad”, a la que desafían por injusta y abusiva, luchas con el Marañón, leyendas, costumbres y hay, sobre todo una orgullosa reafirmación de fuerza vital nacida de la comunidad del hombre con la tierra y el río.

El río Marañon, una serpiente de oro, tanto por su bondad paternal al forjar al hombre a su semejanza, cuanto por los minerales que yacen en su cauce; pero es serpiente, también, por lo sinuoso e imprevisible de su curso y por su despiadada y repentina agresividad. A la postre, el universo del balseiro... es el valle de Calemar que demarca la geografía más la impronta afirmativa de su propia norma vital, es decir, "un mundo pequeño", pero propio. Sin embargo, el hombre de la región "vive en un paraíso" (ALEGRIA BAZÁN, 1992, p. 56).

En el texto podemos apreciar que el autor utiliza las palabras para manifestar su admiración por la belleza de la naturaleza a la cual describe como, una fiesta de color en todas las gradaciones del verde lozano, contrastando con el rojo vivo de las peñas ariscas y el azul, blanco lechoso de las piedras y arena de las playas del río, en la cual expresa "...hasta la muerte alienta la vida", expresa la fuerza del río cuando dice "allí donde los cerros han huido o han sido comidos por la corriente. Los indios y cholos sienten el valle, su hábitat", "los árboles se abrazan y mecen en una ronda interminable".

Empleo del símbolo: "De ella salen los cholos pala en mano o lampa en mano, o hacha en mano para tenderse a remolonear", el narrador alude a la actividad de los mestizos poniendo en sus manos un instrumento de trabajo que es un símbolo de este, "los árboles que respetan nuestras hachas son los cedros y el palo venerado es la balsa", se ve el empleo de la interrogación retórica "¿quién pelearía por un palto o un naranjo y hasta por un cedro?". Nadie, pero por "un palo de balsa es otra cosa", el empleo de la interrogación da más vehemencia a la expresión y despierta mayor interés. Formulando una pregunta que inmediatamente contesta con un rotundo nadie, el autor crea un clima de expectativa para la presentación del elemento fundamental del relato: "El palo de balsa" es nuestro hermano, puesto que la vida del lugareño es el río en el cual viaja, obtiene las pepitas de oro, extrae los recursos naturales, "el río es nuestro Taita".

El empleo de imágenes y metáforas contribuyen a dar al relato cierto realismo, creando en el lector la sensación de cosa vista y sentida muy de cerca. Es

la identificación del hombre con las fuerzas naturales, o mejor dicho su sumisión ante ellas especialmente ante el río. Así relata el episodio del Cholo Rogelio que desafía la bravura del río atreviéndose a cruzarlo a nado, en época en que el caudal era muy grande, el río con su fuerza lo arrastra y se lo lleva, dejando en la tristeza y desamparo más grande a su hijo y su viuda, "...y cuando a uno se lo traga el río igual! Balsa: feble armazón posada sobre las aguas rugientes como sobre el peligro mismo!" (ALEGRÍA BAZÁN, 1992, p. 56).

Este es un relato, de gran fuerza poética es la lucha del hombre con el río, lucha en la que la vida siempre está en peligro. Cuando el autor describe o cuenta, sus frases están hechas a la medida de un sentimiento que está más allá de la realidad, no es únicamente un reflejo fiel de ésta, sino que hay un compromiso vital que da el relato una nota lírica. "Aquí es bello existir hasta la muerte alienta la vida."

Por otro lado en *Los ríos profundos*, José María Arguedas, connota la "vida plena entre el individuo, el hombre y el cosmos", provechoso de conocer para la humanidad entera la profundidad de las sólidas raíces ancestrales de la identidad peruana, cabalmente asumida, en contraposición al carácter sobre impuesto de una cultura occidental y cosmopolita a espaldas del legado histórico milenario del Perú. Es cierto que Alegría, y Arguedas manejan en sus obras una noción de hombre-naturaleza y paisaje, pero en cada caso ella connota funciones tan particulares que de ningún modo su sola presencia podría servir como término de definición. Lo característico no es el elemento primario; lo esencial es el rol que compete a ese elemento una vez enfrentado con los restantes que integran la obra: así, la estructura del espacio natural, la vida del ser humano alcanza significaciones en ambos.

De todas las obras de Arguedas, la que expresa con mayor lirismo y hondura el mundo mítico de los indígenas, su cósmica unidad con la naturaleza y la persistencia de sus tradiciones mágicas, es *Los ríos profundos*. Su mérito es presentar todos los matices de un Perú andino en intenso proceso de mestizaje, representado en

su personaje principal Marcos, su convivencia con los indios en su infancia, la adquisición de su lengua, sus costumbres, el sentimiento de cariño profundo que recibió de estos, sus sueños infantiles; ya adolescente y estudiante de un colegio de religiosos en la costa peruana adquiriente de su primera lengua que le fue negada cuando niño al ser expulsado a vivir con los indios provoca en él una identidad en conflicto entre lo indígena y lo hispano, valorando siempre la cultura de los incas que le fue inculcado en su niñez, esto es expuesto con un lujo de detalles en su creación literaria.

Estamos ante un escritor que ha hecho de su materia literaria una forma de autobiografía, en la región Andina (Puquio) y ceja de Selva del Perú (Abancay) determinando los impulsos de creación. Pero sobre estos impulsos se desarrolla inmediatamente una construcción lírica que genera la mejor parte de su obra, en la que es el mundo de evocación de la infancia el que persiste, creando una especial forma de entender la realidad: la aproximación vivencial al mundo indígena, como clave que explica el Perú contemporáneo. Heredero de una tradición cultural, y un sentimiento profundo de admiración y amor por la naturaleza, como apreciamos en el párrafo siguiente:

Aquel helado mediodía de agosto, Marcos miró a través de la ventana y dijo: — “Ese sujeto debe estar muriéndose de frío”. “Ese sujeto” era el árbol del jardín. Yo pensé, viendo brillar los claros ojos, que el enorme vegetal había sentido la fraternal preocupación del novelista. Porque José María era capaz de establecer con los objetos de la naturaleza — animales, plantas, ríos, montes —, una comunicación de espontánea camaradería. Todas las cosas respondían a su llamado, sencillamente porque respondían desde su propio corazón (ARGUEDAS, 2004, p. 68).

“Los ríos profundos”, el alma de la comunidad, el alma del mundo y de la naturaleza, el agua, los ríos que son la vida, la sangre de las venas, en la que está integrada el hombre y la naturaleza.

La obra se constituye en estructura mítico-simbólica, en perfecta armonía, la naturaleza magnánima; Arguedas, integrado con dificultad a los modelos occidentales, cuenta principalmente con la herencia mítica del universo *quechua* de los incas que le hace volver con tesón a los valores sagrados, a una sabiduría ancestral... (ESCOBAR, 1982, p. 19).

Asimismo, Vargas Llosa en *El hablador* (1987) señala el retorno al mundo de la región de la Amazonia del Perú, país con una gran diversidad étnica y cultural. El texto pone de relieve: las visiones acerca de las sociedades indígenas desde el punto de vista de los “civilizados” y la intimidad propia de dichas sociedades; una historia sobre identidades culturales, relación hombre, medio ambiente, naturaleza y diferencias antropológicas; perteneciente a la comunidad amazónica de los *Machiguengas*, es la memoria ancestral de la tribu, donde los aspectos mágicos y misteriosos de la Amazonia se entretajan con la realidad peruana. El comienzo del texto nos muestra a un hombre que llega a Firenze, Italia con la idea de olvidarse por un tiempo de su tierra: “Vine a Firenze para olvidarme por un tiempo del Perú y de los peruanos” (VARGAS LLOSA, 1998, p. 325). Pero vemos cómo este narrador va cambiando, transformándose conforme se desarrolla la historia, ya que va conociendo a las colectividades indígenas, se va acercando a ellas e indaga acerca de aspectos intrínsecos a su forma de vida. Y, en última instancia, lo encontramos en Firenze pero recordando al hablador de su historia, aún a pesar del lugar en el que se encuentra. En texto aparte podemos encontrar un diálogo entre “Mascarita”, que es el apelativo de Saúl Zuratas, peruano descendiente de judíos y el narrador principal acerca de las comunidades indígenas y su forma de vida. Es así como el narrador le dice a su interlocutor:

— Eres un indigenista cuadrado, “Mascarita” — le tomé el pelo —. Ni más ni menos que de los años treinta. Como el doctor Luis Valcárcel, de joven, cuando pedía que se demolieran todas las iglesias y conventos coloniales porque representaban el anti-Perú. ¿O sea que tenemos que resucitar el Tahuantinsuyo? ¿También los sacrificios humanos, los quipus, la trepanación de cráneos con cuchillo de piedra? (VARGAS LLOSA, 1998, p. 425-426).

A lo cual “Mascarita” le responde:

Para el medio en que están, para las circunstancias en que viven, su cultura es suficiente. Y, además, tienen un conocimiento profundo y sutil de cosas que nosotros hemos olvidado. La relación del hombre y la naturaleza, por ejemplo. El hombre y el árbol, el hombre y el pájaro, el hombre y el río, el hombre y la tierra, el hombre y el cielo. El hombre y Dios. Esa armonía que existe entre ellos y esas cosas nosotros ni sabemos lo que es, pues la hemos roto para siempre (VARGAS LLOSA, 1998, p. 426-427).

Claramente se ven representadas las dos tendencias presentes en el libro: la visión occidental y la indigenista. Nos encontramos de frente con la disyuntiva que le da vida al texto: dejar ser a un pueblo respetando su sistema de valores, o cambiarlo para acercarlo a la llamada civilización, vulnerando su forma de pensar y de ver el mundo. Se corre el riesgo de romper inevitablemente esa armonía que “Mascarita” considera se ha olvidado por parte de los occidentalizados.

Volvamos los ojos a la manera sencilla pero profunda de ver el mundo. ¿Quién podría llamar atrasado a un hombre que quiere recuperar la armonía hombre — naturaleza con su entorno? Quizá la misma sociedad que ha cerrado sus ojos y que ha conseguido adelantos tecnológicos pero ha retrocedido en el aspecto interno, en ese que lleva al hombre a acercarse a su esencia, a su propio yo, a su origen (VARGAS LLOSA, 1998, p. 59).

El narrador termina haciendo una reflexión sobre la importancia de conservar las raíces, su cultura. Allí se da cuenta de una primitiva cultura indígena de la Amazonia, en la cual destaca la existencia de una “institución” clave para la supervivencia de la comunidad: “El hablador” este personaje, transmite a su comunidad las historias, mitos, leyendas, tradiciones, que explican y dan sentido a la vida de ese grupo humano. Es a través de la palabra como esa cultura existe y se reproduce, es decir, como esa comunidad vive y se proyecta en el tiempo. Al final de la narrativa, los personajes del libro puntualizan, la necesidad de que la cultura indígena nativa, representada en la tribu de los *Machiguengas*, se mantenga conservando su identidad, cuidando la naturaleza como pertenencia valiosa a la que le fue legada de

sus antepasados y a la que tiene derecho, por ser herederos de una cultura milenaria. Finalmente concluimos que la literatura hispanoamericana en el contexto de la Amazonia tubo como temática, la cuestión de la Ecología aunque sin mencionar esta terminología científica contemporánea.

## **Referencias**

ALEGRIA, Ciro. *La serpiente de oro*. Lima: Atlas, 1992.

ARGUEDAS, José María. *Los ríos profundos*. Lima: Quilca, 2002.

DAJOZ, R. *Principios de ecología*. 7. ed. Porto Alegre: Art Méd, 2005.

ESCOBAR, Roberto. *Lo mítico en Los ríos profundos*. Lima: Quilca, 1982.

GARCILAZO DE LA VEGA, Inca. *Los comentarios reales de los Incas*. Lima, 1982.

VARGAS LLOSA, Mario. *El hablador*. Madrid: Alfaguara, 1998.